

Armas nuevas para distribuir riqueza

Ing. Pedro Quirós Cortés

Discurso del presidente ejecutivo del ICE en el marco del XXV aniversario de la Asociación Hispanoamericana de Centros de Investigación y Empresas de Telecomunicaciones (Ahciet), Madrid, España, 11 de julio de 2007.

En el estudio de las sociedades es primordial intentar comprender como viven estas los procesos de transición.

Desde tiempos inmemoriales las decisiones de quienes tienen poder para influir en la economía, la cultura y el desarrollo social han sido, y son, determinantes en el destino final de sus pueblos. Crecientemente influyentes son hoy quienes construyen y usan las nuevas herramientas tecnológicas.

Aprender las lecciones de la historia es crucial. Ella nos recuerda que decisiones equivocadas, o la parálisis ante la duda o el miedo, han provocado la desaparición de sociedades otrora ricas y poderosas.

Podremos esperar transiciones exitosas solamente si en el camino de los hechos se logra desarrollar en el seno de nuestras sociedades la sabiduría para reformular qué se quiere y cómo lograrlo.

En las últimas décadas ha quedado demostrado que las sociedades más exitosas han sido construidas sobre la base de economías abiertas.

No obstante ese reconocimiento de que los mercados abiertos son parte del éxito esperable, nuestras sociedades latinoamericanas no han podido ir más allá de un punto intermedio en esa evolución. Para superar el rango limitante del híbrido donde nos encontramos requerimos ser más visionarios, más firmes en nuestras resoluciones y usar con oportunidad e inteligencia los mejores instrumentos disponibles.

En el pasado el proteccionismo a la industria, por ejemplo, propició cambios parciales que acabaron haciéndola menos competitiva, forzando a muchos consumidores a pagar más caros los bienes producidos. ¿Por qué? Porque a la tutela gubernamental no la acompañó un riguroso sistema de control de calidad de aquellos productos protegidos. Al cabo del tiempo, el desarrollo social fue menor al esperado.

Ahora es diferente; se abren las fronteras y poseemos herramientas innovadoras y poderosas. Tenemos en nuestras manos el conocimiento y las tecnologías de la información, herramientas cuyo impacto en personas y sociedades han sido de tal envergadura que se les compara con el advenimiento de la rueda en los pueblos antiguos.

Es fácil verlo. Antes un periódico tardaba más de tres días en llegar a alguna comunidad rural lejana en prácticamente cualquier país de América Latina. Dos décadas más tarde los mismos habitantes de aquellas lejanas comarcas

presencian en tiempo real los acontecimientos de su país y del mundo entero. Ante realidad tan contundente no podemos seguir pensando y actuando como lo hacíamos 20 años atrás.

Nos corresponde ahora impulsar economías dinámicas sobre la base de relaciones sociales más democráticas, pluralistas y respetuosas de la diversidad consustancial a la naturaleza humana.

Tenemos ante nosotros desafiantes oportunidades para alcanzar cada año mayores niveles de condición de vida. No debemos perder nunca de vista que la razón de ser de las fórmulas, las herramientas y los procesos son las personas en su más amplia consideración.

Para llegar a metas tan importantes y ambiciosas nos corresponde aprovechar las ventajas derivadas del uso apropiado y estratégico de las herramientas disponibles para crear economías cada días más integradas y sociedades cada vez más globalizadas.

Alcanzar esos niveles de logro en la práctica vida cotidiana de las personas es reducir la brecha digital. Habida cuenta, eso sí, de que no basta con dar acceso a los instrumentos y redes más modernas para dar por cumplida la meta; lo realmente trascendente para las sociedades en transición es darles los usos adecuados y fortalecer las capacidades de las personas mediante una mayor educación. No se ve mejor oportunidad para una democracia que darles a sus ciudadanos el conocimiento y el instrumento para ejercitarlo.

Ante esa perspectiva, podemos entonces colegir que luchar contra la pobreza es luchar a favor de la reducción de la brecha digital en todas las sociedades latinoamericanas.

Nos toca lograr que en el futuro inmediato más de 205 millones de latinoamericanos, que la CEPAL nos ubica en la periferia del desarrollo económico, lleguen real y efectivamente a manejar esas herramientas.

Abundantes estudios lo han demostrado: quienes adquieren y usan esas redes e instrumentos de la tecnología, ascienden en su nivel socioeconómico. La suma de todos esos ascensos individuales ubicará escalones arriba el bienestar de la colectividad.

Es dentro de este orden de consideraciones que tenemos estas jornadas de reflexión a propósito del XXV aniversario de AHCJET.

Si llegamos a esta hermosa ciudad comprendiendo lo dicho anteriormente, y si actuamos decididamente desde lo público y lo privado, conforme con esa visión convergente, tal vez los más desfavorecidos de América Latina tengan la oportunidad de alcanzar muy rápidamente mejores condiciones de vida.

Quienes acudimos hoy aquí tenemos en nuestras manos oportunidades extraordinarias de construir propuestas y hacer cambiar las cosas. Tenemos el conocimiento, recursos disponibles y la capacidad de que los dispositivos

mancomunados de la tecnología y la fuerza transformadora de la educación logren, en pocos años, los cambios que le dan sentido a nuestro trabajo. Nuestros pueblos esperan y necesitan que lo hagamos.

Vengo de un país con logros que mostrar y dueño de una enorme ilusión de llegar más lejos.

En ese sentido, estamos proponiendo elevar al 8% la asignación del PIB a la educación nacional, al tiempo que universalizamos la educación secundaria. Nos hemos propuesto reducir la pobreza del 20 por ciento en que se encuentra. Estamos atacando frontalmente el flagelo de la desigualdad en la distribución del ingreso, un mal endémico en América Latina.

Costa Rica muestra hoy una economía creciente y una mayor disposición de nuestros ciudadanos a reconocer que hay potencialidades para alcanzar el éxito en el corto plazo. En el Instituto Costarricense de Electricidad (ICE) y en la administración del presidente Dr. Oscar Arias estamos trabajando intensamente en esa dirección.

Partimos de una buena base. Hemos logrado avances impresionantes en el desarrollo humano de los costarricenses a lo largo de la segunda mitad del siglo XX, disfrutamos de un crecimiento estimado del PIB del 7 por ciento en el presente año, tenemos la expectativa de vida más elevada del continente con 79 años y hay logros en el fortalecimiento de la educación dirigidos a asegurar que ninguna persona de 17 años o menos esté fuera del sistema educativo.

Sumamos a ello una densidad eléctrica del 98,2 por ciento procedente de fuentes limpias en un 95 por ciento. Contamos, además, con una robusta infraestructura de telecomunicaciones y una compleja oferta de servicios integrados con una cobertura sobre el 90% de la población. En este momento el 30% de los hogares costarricenses tiene acceso a internet, y al finalizar el año el porcentaje será mucho mayor.

Estos datos nos confirman que Costa Rica ofrece, una base social y política estable y consolidada, una economía pujante y un avance en aplicaciones tecnológicas que nos abre el camino hacia metas más elevadas en lo social y lo económico. Un perfil de logros adecuado, y prometedor, para la democracia más antigua y consolidada de América Latina.

No cabe duda de que tenemos enfrente más capacidades que debilidades y más oportunidades que amenazas en la transición para incorporarnos inteligentemente a los grandes mercados mundiales, donde destacan las tecnologías de la información y las comunicaciones. Por su utilidad las TIC's son recursos de inversión para impulsar el desarrollo en todo sentido.

En la comprensión de esta coyuntura, en Costa Rica nos hemos propuesto triplicar en el 2010 la densidad en conexiones de banda ancha. Además duplicaremos el número de líneas móviles en operación y tendremos por lo menos a 90 de cada mil habitantes con acceso a internet.

Cuando observamos estos datos constatamos que, definitivamente, será de la conjunción de leyes propicias para el desarrollo, de las tecnologías y de la educación, de donde saldrá el milagro que queremos producir para propiciar más fuentes de trabajo y oportunidades de crecimiento humano y material.

Recordemos que hace 20 años la pobreza en nuestro país, como en los del resto de América Latina, era más profunda. Pero también recordemos que en el subcontinente son tantas las declaraciones de guerra contra la pobreza como los desengaños al final del día. A esto no debemos cerrar los ojos.

Quizá la manera de ajustar cuentas, es con los instrumentos tecnológicos imbricados a la educación e impulsados desde una perspectiva concertada y práctica de lo público y lo privado.

Es bueno reconocer la bondad de quienes buscan consolidar los esfuerzos de los gobiernos y de la empresa privada. Sin embargo, es realista admitir que hasta ahora el empeño ha sido insatisfactorio.

En América Latina, la visión de corto plazo con que se suele actuar la deja a medio camino en sus posibilidades de lograr impactos profundos en beneficio del desarrollo.

Tal vez esté ocurriendo que la ambición y el excesivo pragmatismo están ganándole la partida a los compromisos políticos de fondo en los procesos de transición en la región.

Ciertamente, lograr cambios sociales significativos no es, necesariamente, tarea prioritaria en el quehacer empresarial, pero tampoco es responsabilidad exclusiva de los sectores políticos.

No obstante, tengámoslo presente, son las decisiones de estos últimos las que acaban influyendo en la creación de las condiciones que las empresas requieren para seguir produciendo riqueza.

Sin duda nuestra empresa privada ha hecho aportes relevantes en lo económico, ha permitido crear ricos patrimonios, pero la reproducción de los beneficios de esa riqueza no consigue consolidar procesos sostenidos de enriquecimiento social.

Ante ese panorama la ecuación alternativa es propiciar la creación de más empresas, abrir más mercados y estimular el trabajo y el ascenso de más usuarios y consumidores.

Somos una generación de líderes con disposición y mucha capacidad para alcanzar los beneficios del desarrollo para todos. Necesitamos inculcar más la convicción de que el mejor negocio consiste en generar un círculo virtuoso en el que elevar la condición de vida y el poder adquisitivo de los consumidores es garantía de éxitos futuros.

Un desafío presente para todos nosotros consiste en lograr ese cambio en los paradigmas. Empecemos en las ideas, desarrollemos los programas y convirtámonos en ingenieros de campo al día siguiente para construir los nuevos proyectos así concebidos.